

# Una descripción inédita de Lima en el Siglo XVIII

por Aurelio Miró Quesada S.

En 1945, en una de mis gratas y repetidas visitas a la República Argentina, Don Alejo González Garaño, entonces director del Museo Histórico Nacional de Buenos Aires, tuvo la gentileza de obsequiarme un pequeño libro manuscrito y encuadernado en pergamino, que contenía una desconocida *Descripción de la ciudad de Lima*. Gran investigador y gran señor, perteneciente a una ilustre familia de artistas, historiadores y coleccionistas de obras de arte, Don Alejo vivía en la calle de Rodríguez Peña, en una casa familiar que era todo un Museo. En un piso, su hermana, con una admirable colección de los inmensos peinetones, los muebles de caoba y las beligerantes divisas punzó de la época de Rosas. En otro piso, su hermano Eduardo, cariñosamente llamado "el petizo", que lucía sus cuadros de Gutiérrez Solana y de Zuloaga y sus recuerdos gauchos y pamperos de Ricardo Güiraldes. En otro piso, por fin, los inagotables grabados y acuarelas de tema argentino, y en general americano, que había ido reuniendo el propio Don Alejo con ojos de experto y emoción de criollo, y que constituían la más nutrida e importante colección particular de su género, fatalmente dispersa en varios rumbos después de su muerte.

La *Descripción de Lima* la había adquirido en uno de sus viajes a Bolivia, en un almacén de antigüedades que —seguramente por alusión a Tiahuanaco— se llamaba "El Monolito". Era un librito en 16º, con 144 páginas escritas y otras 90 sin llenar, que no tenía fecha ni firma de autor, y cuyo texto se hallaba dividido en 85 párrafos numerados. Sólo al final, tres letras entrelazadas: J.A.O. servían no para dar una respuesta, sino para abrir una interrogación.

## *La Influencia de Amat*

Desde las primeras líneas, y casi sin profundizar en la lectura, se percibe la época: la del Virrey Don Manuel de Amat y Junient, que go-

bernó al Perú de 1761 a 1776. No es, por lo demás, ni una reseña fría ni, por el contrario, una crítica ardiente. Se trata de uno de los pocos manuscritos favorables al Virrey; tan combatido a menudo, desde el satírico *Diario de las palanganas* Veterano y Bisofío, hasta las tremendas denuncias que llenan los legajos del juicio de residencia y en que se le acusa por sus liviandades, por su afición a recibir regalos y por sus amores apasionados y seniles.

J.A.O., en cambio, elogia al Virrey. En dos ocasiones lo cita con su nombre: por sus aciertos de urbanista, al hablar del Paseo de Aguas (7)\* y por su piedad al referirse al Monasterio de las Nazarenas (56); y en otra oportunidad, sin decir que es Amat, menciona al "que hoi manda este Reino", de quien afirma debe durar en el cargo mucho tiempo, "pues residen en él tantas circunstancias de las más apreciables para el mando de estas gentes, que dificultosamente buscado con toda atención, se encontrara otro mas apropiado" (34). Otras veces, además, relata casos en los que se ha recurrido con buen éxito al Virrey, ya sea para castigar o enmendar a funcionarios, ya para salvar las angustias o las urgencias económicas de algunos curas.

Al parecer, se trata de la opinión de un funcionario —por lo demás, español y no criollo, según él mismo lo dice (68),— que no sólo se halla próximo al Virrey sino que coincide con él en muchos acentos de época y hasta en ciertas semejanzas particulares de carácter. Amat era autoritario, centralista, orgulloso, poco amigo del clero, con marcada tendencia regalista, con un interés muy dieciochesco por las ciencias, por la filantropía social, por el desarrollo urbano; aparte de otros gustos, también muy dieciochescos y más leves, con que se le recuerda demasiado a menudo. Y así aparece también el autor de la *Descripción de Lima*: un poco despectivo al hablar de la plebe, escéptico con relación a los criollos, aficionado a la discusión pseudo-científica de por galista declarado o implícito y partidario siempre de un riguroso cenqué no llueve en la costa (19 a 25) o si el fuego, el aire o el agua producen los terremotos (13 a 16), anticlerical en más de una ocasión, re-tralismo administrativo.

### *Fecha de la obra*

Si la *Descripción de Lima* es sin duda de la época de Amat, hay algunas referencias cronológicas que pueden aproximarnos aún más a su fecha. No sólo se refiere a la construcción de la Plaza de Toros (1766) y a la expulsión de los Padres Jesuitas (1767) como sucesos ya pasados, sino menciona algunos hechos que datan a partir de 1770,

---

\* Los números entre paréntesis se refieren a los párrafos numerados correspondientes de la *Descripción*.

como el establecimiento de la Real Aduana (38), la construcción del Paseo de Aguas (7), o la iniciación de la iglesia de San Francisco de Paula (53) en la castiza calle de Malambo, de Abajo del Puente, en lo que entonces se llamaba el arrabal o barrio de San Lázaro. Hay una fecha aún más precisa. Al referirse a que el derecho de alcabalas pasó a ser recaudado por la Aduana, dice que ello ocurrió "el año pasado de 1773". Y como el gobierno del Virrey Amat terminó en 1776, quiere decir que entre ésta y aquella fecha se debe considerar la redacción.

Más aún. Hay otra indicación pintoresca y privada, que puede darnos una clave, sin duda sólo anecdótica pero cierta. Se trata de que en la *Descripción* se habla poco del teatro; y cuando a él alude, el autor se sonríe de la vanidad de los criollos, que se permiten comparar la pobreza de la "música y representaciones cómicas" de Lima con la de los escenarios de Europa que no conocen (70). Tratándose de un indudable amigo del Virrey, esta crítica se habría suavizado en los años de auge de su amada, la comedianta Micaela Villegas, "La Perricholi". Pero como entre 1774 y 1775 transcurrieron los dos años de separación entre la actriz celebrada y el Virrey (que por entonces la sustituyó por "la Inesilla"), no es aventurado suponer que ésta sea la fecha más exacta de la composición del curioso manuscrito.

### ¿Quién fué el autor?

En cambio me ha sido imposible identificar, o por lo menos suponer, al autor. Las letras entrelazadas: J.A.O., o tal vez —porque más que entrelazadas hay dos que parecen superpuestas— J.O.A., no me han permitido hasta ahora descubrirlo. No corresponden a ninguno de los nombres conocidos entre los autores de relaciones o memorias, entre los aficionados a las letras, o vinculados con la Universidad de San Marcos o los Colegios Reales de la época.

Tal vez haya que buscarlo en un campo hasta hoy poco explorado: el de la administración pública. J.A.O., habla mucho del comercio y sabe con detalle lo que se importa de varias partes (75 a 82); pero como crítica tanto a los comerciantes, no ha de ser uno de ellos. Habla mucho también de la corrupción administrativa; y como lo que sugiere es castigar a las personas o cambiarlas, puede quizá ser un funcionario afecto al Virrey y que se cree merecedor de buenos cargos. Nacido en España, y sin posición administrativa conocida, puede haber venido también como pariente de un comerciante o funcionario. En todo caso, su *Descripción* tiene el interés de ser la obra de un habitante común y corriente, de un observador algo regañón pero sutil, y sobre todo de alguien que fue redactando sus apuntes sin pensar que algún día pudieran darse a la publicidad.

De orientación realista y práctica, y no con muy claros gustos literarios, J.A.O. maneja sin embargo obras fundamentales en la biblioteca de un hombre de cultura media de la época. De un lado, son los cronistas y autores peruanos y españoles: el Inca Garcilaso (1), Agustín de Zárate (2), el Padre Acosta (24), Antonio de Herrera (1), entre los cronistas; *El Sol del Nuevo Mundo* de Francisco Antonio de Montalvo (1), las *Recopilaciones de Leyes de Indias* (32), las *Cartas edificantes y curiosas* (16), las *Cartas* y el *Teatro crítico* del Padre Feijóo (1, 13, 14, 25), entre las obras de los siglos XVII y XVIII. De otro lado, son las citas francesas infaltables: el Padre Luis Feuillé (1) y Amadeo Francisco Frézier (14, 23), entre los viajeros; el Señor Le Mery (14), entre los investigadores de la Academia de Ciencias de París.

### *Descripción de la ciudad*

La Lima que describe el manuscrito es una ciudad de forma algo ovalada, situada a poco menos de tres leguas del mar, con una distribución hermosa en islas o manzanas cuadradas de 150 varas castellanas por lado (3), cuya uniformidad sólo se rompe con las islas irregulares que la afean en las inmediaciones de la muralla circundante. Porque tres cuartas partes de la ciudad están protegidas por la muralla levantada en 1685, en la época del Virrey Duque de la Palata, con 34 bastiones regulares, aunque sin fosos u otra obra alguna de fortificación. La extendida defensa tiene unos 20 o 25 pies de altura y como unos 8 o 9 de ancho, y se halla íntegramente construída en adobe. J.A.O. duda, no sin razón, de su eficacia. Pero se tranquiliza al considerar que la muralla basta para defender a Lima contra posibles incursiones del mar, del Sur o de la Sierra; ya que en el lado norte, quien la defiende es el río Rímac.

La ciudad, sin embargo, no termina en el Rímac; porque precisamente J.A.O., hace notar que la tendencia urbana es por entonces crecer hacia el Norte, hasta el cerro San Cristóbal o, por lo menos, hasta la Alameda trazada por el Virrey Marqués de Montesclaros y que se acostumbraba llamar "de los Descalzos". A tal punto avanzaba Lima por allí, que sólo con poca exageración pudo decir J.A.O. que casi en el centro de la ciudad venía a quedar la Plaza Mayor, o Plaza Real (3). Uniendo una y otra parte, o sea Lima misma y el barrio de San Lázaro, está el Puente de Piedra, construído también en tiempos del Marqués de Montesclaros (5); y luego, ya en la otra ribera del Rímac, la iglesia de San Lázaro, la Alameda con sus tres fuentes de bronce y sus cinco hileras o caminos de árboles en una longitud de 400 a 500 varas, las enfrentadas iglesias del Patrocinio y Santa Liberata,

la recolección de los Padres franciscanos y —en los días de fiesta o de paseo— “un número prodigioso de cochés y calesas”.

Fue indudablemente esta zona de la ciudad la predilecta del Virrey Amat; y, por lo tanto, no es extraño que lo fuera también de J.A.O. Por ella puede decirse que se inicia la *Descripción*, después de los breves párrafos generales sobre la fundación y el asiento de Lima, y sobre su corazón mismo, que es la Plaza Mayor. Con evidente complacencia van desfilando en el relato: la rumorosa y amena Alameda; el Paseo de Aguas, imaginado o trazado por el Virrey, “que aún no está acabado, pero según se reputa debe ser deleitoso” (7); la Plaza firme de toros, construida también en aquella época, en el lugar donde antes se levantaba una plaza armable y desarmable de madera, y que ahora tiene un polígono regular de quince lados, con “95 varas de diámetro inferior y casi 300 de circunferencia” (8); al lado de ella la Alameda de Acho y por allí mismo la Piedra Lisa y la sangría del río que “sirbe también de baño público” (7).

En cuanto a la Plaza Real, tiene a un lado la Iglesia Catedral y la casa del Arzobispo, y a otro el Palacio del Virrey, “que no teniendo nada de magnífico sólo merece el nombre por la persona que lo habita”. A los otros dos lados, al occidente y al mediodía, están los portales o arquerías, que no sólo sirven como ornato y lugar de comercio, sino de refugio contra la menuda llovizna o contra el sol. En uno de los portales se encuentran la Casa del Cabildo, la sala de Justicia y la cárcel de Corte; y, como complemento, las oficinas de los escribanos. En el otro, los botoneros, pasamaneros y sederos, que se prolongan en las tiendas de las calles de los Mercaderes o las Mantas. En el centro mismo de la Plaza, una fuente de bronce (la que mandó erigir el Conde de Salvatierra), con su estatua del ángel de la fama y ocho leones de bronce que arrojan agua por sus bocas. Circundando la fuente, en el cuadrilátero todo de la Plaza, el bullicioso y nutrido mercado. Podía por eso decirse con acierto que en la Plaza Mayor se hallaban “todos los menesteres precisos a la vida”.

### *Iglesias y conventos.*

Del resto de la ciudad, lo que más interesa a J.A.O. son las iglesias y los conventos. De éstos, cuenta en conjunto 34, de religiosos y religiosas. Los 20 de hombres son: cuatro de la Orden de Santo Domingo (el convento Grande del Rosario, la Recoleta de la Venturosa Magdalena, el de Santo Tomás para estudiantes y el de Santa Rosa, donde vivió la Santa); tres de la Orden de San Francisco (el de Jesús o casa grande, la recolección de Guadalupe o Santa María de los Angeles, y el de San Diego o los Descalzos reformados por San Fran-

cisco Solano); tres de San Agustín (la casa grande, la recolección de Belén y el Colegio de San Pedro Nolasco); el de Benedictinos, de Nuestra Señora de Monserrate; el de los Agonizantes de la Buena Muerte, que tenían además la capilla de Santa Liberata en la Alameda; el de los mínimos de San Francisco de Paula; los Betlemitas, con dos hospitales; y la Congregación de San Felipe de Nieri, a la que se dió la casa grande de San Pedro y San Pablo que había sido de los Padres Jesuitas (53). (En la *Relación de Gobierno* de Amat sólo se habla de 19 casas de religiosos. No se menciona a los Benedictinos ni a los Oratorianos de San Felipe de Nieri).

Las 14 casas de religiosas son: Santa Catalina, Santa Rosa, Santa Clara, las monjas Descalzas, las capuchinas de Jesús María, las Bernardas de la Trinidad, las de la Encarnación, las del Prado, las de Santa Teresa o el Carmen Bajo, las del Carmen Alto, las Trinitarias, las Mercenarias (sic), las de la Concepción, y las Nazarenas que poseen "sin duda uno de los conventos más austeros de esta ciudad" (56).

#### *Las casas y las huertas.*

¿Cómo eran por entonces las casas de Lima? J. A. O. escribe que por lo común son anchas y espaciosas, con patios, corrales y cocheras, pero de materiales no nobles sino pobres. Prácticamente todas son de "adobes" o como dice él, ladrillos crudos; esto es, de tierra mojada y amasada con un poco de hierba y simplemente secada al sol (18). Casi todas, además, son de un piso; y las que tienen piso alto, lo levantan de cañas y maderas unidas con barro "que es lo que como se ha dicho llaman quincha" y con la que llegan a imitar hasta "modelos bien sobresalientes en Europa" (17). J. A. O. no habla del recato moruno de las cancelas y las celosías, pero en cambio acentúa aquellos reflejos barrocos de "quincha", que tienden en la ciudad como un ficticio telón afrancesado. Por encima de todo, los techos planos o azoteas, que "sólo son una capa de tierra puesta a nivel con algún polvo o ceniza encima, que sirbe para absorber las humedades que ocasionan las neblinas de Invierno"; o sea, con un peruanismo irremplazable, la "garúa" (22). Los limeños afirman que la razón de esta levedad de materiales se halla en el peligro de terremotos y temblores, como el fortísimo de 1746, y más aún el pavoroso de 1687 que arruinó la ciudad. Pero J. A. O., un tanto escéptico, sospecha que sólo se trata de una excusa y que todo depende de la carestía de los materiales.

Lima, de otro lado, no presenta entonces un conjunto compacto de edificios, porque aparte del area no habitada de los patios y corrales de las casas, hay huertas y jardines que ocupan por lo menos una cuarta parte de la ciudad (63). Hay así una evidente desproporción entre la

extensa area de Lima y el número escaso de sus pobladores. En más de cinco millas y cuarto comprendidas entre las murallas, sólo hay una población de 40,000 a 50,000 habitantes. (Cerca de veinte años después, en 1791, el censo del Virrey Gil de Taboada y Lemus iba a contar en Lima 52,627 habitantes). Recordemos, por lo demás, que la muralla se extendía por el Oeste hasta Monserrate, seguía después un tramo de lo que es hoy la Avenida Alfonso Ugarte, cruzaba en diagonal por San Jacinto hasta lo que es ahora el Parque Neptuno, avanzaba por el Sur prácticamente a lo que es hoy el Paseo Colón, y seguía luego hacia el Este por la actual Avenida Grau, abierta precisamente hace menos de un siglo— al principio con el nombre de Avenida de Circunvalación— en el terreno donde antes se levantaba la muralla, que detrás del actual Hospital Dos de Mayo seguía por el Cercado, pasaba por la capilla del Santo Cristo y llegaba hasta el río.

#### *Observaciones sobre costumbres.*

Pero más que la descripción externa de la ciudad, lo que avalora el librito de J. A. O. es una serie sagaz de observaciones y comentarios críticos sobre la organización y la desorganización de las costumbres. A diferencia de la imagen dorada de Lima que presentaron por lo común los viajeros franceses en la primera mitad del siglo XVIII y que antecedió en el mundo a la leyenda también dorada que iba a pintar más tarde Bougainville sobre las islas de los mares del Sur, los viajeros españoles de mediados o fines del mismo siglo —y más si en vez de viajeros son residentes o vecinos— resultan, por lo general, críticos y escépticos. J. A. O. cita y conoce los encomios de Feuillé y de Frézier, y recuerda a veces a Versalles y a Fontainebleau (69) como era de suponer en plena época borbónica y afrancesada, pero su punto de vista es diferente. Sin la crítica grave y trascendente de los severos censores políticos Antonio de Ulloa y Jorge Juan, y sin la gracia punzante pero amena y el fisgoneo de costumbres de Esteban de Terralla y Landa (el siempre mordaz "Simón Ayanque"), J. A. O. observa intencionadamente el reverso de todo. De habitual seriedad, le brotan en más de una ocasión en el relato frases sutiles e ingeniosas; aunque no sea la índole más expresiva de su temperamento.

Así, por ejemplo, al hablar de las murallas, dice que serán muy amplias pero que "en toda la circunferencia de ellas no hay un sitio capaz de poner la ciudad a cubierto de las invasiones" (21). En el mismo terreno de la defensa militar, afirma que el total de la tropa de Infantería, Caballería y Dragones que hay en Lima asciende a 6,160 hombres; pero en seguida aclara que "no llegan a un tercio los veteranos, siendo las demás milicias, que aunque se tiene cuidado en disciplinar-

las no se consigue" (29). En todo el Reino, por lo general, pueden ponerse sobre las armas más de 60,000 hombres de infantería y 35,000 de caballería; pero con todo —advierte— "esta fuerza puede considerarse inútil para el socorro de una provincia atacada o sublevada, por la vastedad del territorio y por la falta de armamentos" (30).

En otro campo muy distinto, el que se refiere a la mujer, tan unánimemente alabada en sus relatos por los viajeros franceses de entonces, J. A. O. no niega sus elogios, pero los recorta luego con severos reproches. No hay otra ciudad —afirma— "en donde esté el Imperio de las mujeres tan bien plantado". Las de tez blanca, "no dejan de ser bien parecidas, vivas y más atractivas que en otras partes"; aunque —con un poco galante paso atrás— a eso contribuyen factores externos, como la ostentación de los trajes de las limeñas y el número de criadas indias, negras y mulatas que las rodean (73). "Las mujeres —aclara en otra frase—, cuia altibez no les permite subordinarse a agena voluntad, ni aun a la de sus maridos, no contentas con los mas bellos generos... se adornan demás con una cantidad exorbitante de encages, alajas de oro, perlas, etc.". Resultan así atrayentes, pero igualmente "gravosas a los maridos y galanes".

### *Profesiones y oficios, clérigos y seglares.*

Para J. A. O. sólo se libra de la censura general el Virrey, como jefe de todos. Pero si él anda bien, no tiene reparo en declarar que todos sus instrumentos y funcionarios andan mal. Los Corregidores y Gobernadores, por ejemplo, duran de dos a cinco años en sus cargos; y por eso no piensan sino en aprovecharlos para "asegurar su subsistencia por todo el tiempo que les queda de vida" (31), o por lo menos se despreocupan por temor de que su esfuerzo sea inútil, ya que por lo común los sucesores siguen "máximas diametralmente opuestas a las suyas" (33). Los empleados de la Aduana son unas veces injustos y otras simplemente inexpertos y desidiosos, hasta el punto de que las cargas de los pocos barcos que llegan al Callao se quedan varios meses sin ser despachadas (38). Por su parte, los comerciantes se quejan de estas fallas o del exceso indebido en los aforos, y como consecuencia tratan de evadir los tributos. En ocasiones —dice— los mercaderes pagan al Gobernador, éste soborna al Juez, el Juez a otro, etc., etc., simplemente para burlar el quinto del Rey y sacar las mercaderías de contrabando. Con lo cual el Rey pierde y los mercaderes no ganan mucho, pero se dan el placer de la burla (37).

Por otro lado, los abogados, procuradores, y escribanos son una plaga abundantísima. Puede decirse que no hay una familia de importancia que no tenga un hijo en tales oficios coincidentes, con lo cual se

tejen, se enmarañan, se incrementan y se alargan los pleitos, por más injustos y extraños que parezcan. De allí que J. A. O. llame a los abogados y escribanos: "sanguijuelas civiles" y que los repute "hijos legítimos de la malicia y la discordia" (35).

Pero no sólo en ellos encuentra defectos. Los albaceas de caudales ajenos se empeñan en que ordinariamente pasen a ser caudales propios (40). Hay muchos graduados de San Marcos que de Doctores sólo tienen el nombre (49). Las casas de divorciadas y de arrepentidas son inútiles; en el primer caso por falta, ya que hay tantos divorcios que las separadas no cabrían en una; y en el segundo por exceso, ya que el arrepentimiento es tan escaso que con razón "se podrá creer que dicha casa estará desierta" (59). Hasta de los temblores se burla J. A. O.; porque dice que, en cuanto la tierra tiembla, las gentes salen desfavoridas a las calles, formando "un teatro de figuras tan extrañas" que los lances tienen a veces "más de célebres que de lamentables".

Las críticas más aceradas, sin embargo, son las que le merece la vida clerical. En este campo también, al Arzobispo y a las dignidades no los toca, pero zahiere la vida conventual, la vanidad de las pompas religiosas, el engaño de los adornos y alhajas de alquiler, las profanidades de los alborotos y de los menudos problemas monásticos. La escala comienza desde abajo, con los mayordomos de cofradías y hermandades, que son seglares a quienes llama "estafadores de lo público" (47). Continúa luego con los curas, que en ocasiones "más bien que el nombre de Pastores merecen el de tiranos" (51). Sigue después con los conventos, de continuo divididos en dos parcialidades: la de lo "cucucos" o beatos, y la de los "libres" o liberales que son en número sin "comparación mucho mayor" (54). En las elecciones de Provincial hay a menudo "tramoyas, enredos y escándalos", y hasta las mujeres participan en ellas con vítores, aclamaciones y banderas que corresponden "mas bien a plaza de toros que a casas de Dios" (55). Los "conventos abiertos" (llamados así porque porterías y locutorios están allí abiertos todo el día) tienen un gran número de criadas y esclavas de las monjas, al punto de que cada convento es un pequeño pueblo, separado además, por lo común, en dos bandos rivales: "uno verde y otro encarnado" (58).

Sólo se salvan de esta crítica general, por su emoción social y humana y por su abnegado ministerio que los pone a cubierto de reparos, los Agonizantes de la Buena Muerte que ayudan a bien morir a los cristianos, los hospitalarios de San Juan de Dios, los Betlemitas que atienden a incurables o que se preocupan de la convalecencia de los indios, y las austeras monjas del convento de las Carmelitas Nazarenas, que también fueron predilectas del Virrey Amat que para ellas dirigió personalmente la restaurada fábrica del templo.

### *Carácter de los criollos.*

Fuera de esta crítica económica, administrativa y social en general, hay otra más particular y de indudable aunque tal vez no deliberada trascendencia: las consideraciones críticas sobre el carácter de los criollos.

Para J. A. O. los criollos son inteligentes, perspicaces, precoces, pero por lo común —por esa misma precocidad, a veces forzada— superficiales, negligentes, inconstantes para los trabajos y de una vanidad que él no vacila en calificar de “monstruosa” (65). Las familias dedican a sus hijos con preferencia a las dos carreras que lucen más: el sacerdocio y las leyes. En cambio, “a las ciencias naturales se aplican rarísimo, ya sea porque no hai quien las enseñe, o porque las miran con desprecio”. La medicina, aquí tan necesaria —agrega—, está tan abandonada que “dentro de poco tiempo se hallará practicada de sólo la gente de color” (66). En cuanto a las letras, “al arte Poética se aplican algunos” y aun sobresalen en composiciones amatorias y laudatorias (67), pero esto último no por virtud poética, sino por viciosa tendencia a la lisonja.

Disimulados y socarrones de continuo, J. A. O. los considera maliciosos en los negocios (antecedente de la deplorable “viveza criolla”) y cortesanos con los poderosos (64). “La generosidad está muy distante del espíritu de los criollos”. Sólo gastan de verdad en los trajes, por una “soberbia vanidad”; al punto de que hasta los negros y mulatos llevan vestidos de un “tisú superior”, y todos, en conjunto, prefieren lucir en telas y en adornos aun a costa de “tasa en sus estómagos” y de sacrificarse y ser “miseros en la mesa” (64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72).

Hay de tal modo un anverso y un reverso, una mezcla de riqueza y de pobreza, de holgura y de estrechez, que no escapa a la mirada fría y al reproche encendido de J. A. O. Por una parte —dice— “esta ciudad como capital del Perú es casa universal o depósito de los caudales y comercio del Reyno”, centro de importación y exportación de toda la América Meridional (todavía no se había abierto el comercio por Buenos Aires), lugar donde nadie tiene a deshonor comprar y vender (81). La abundancia de cosas precisas para la vida, el traje profano y atrayente de las mujeres, la suave y apacible molición del clima, ni frío ni caliente, sin tormentas ni lluvias, hacen olvidar la Eternidad y contribuyen mucho al “temperamento amatorio” (74).

Pero, por otra parte, si se analiza bien, se observa que esa vida opulenta es más “apariencia que realidad” (84). Debajo de tanta ostentación, “con dificultad se hallaran 8 o 10 que lleguen a 500 o 600 mil pesos”. Se puede decir que en todo Lima no hay “quien pueda

satisfacer en plata a la vista un pagaré o libranza de sólo 500 pesos". Los gastos que ocasionan las familias extensas son tan crecidos, que "aunque son grandes las ganancias, no bastan éstas a compensar dichos gastos". El alza y la caída de las riquezas son tan rápidos, que muchas veces "acaba la casa viviendo el mismo que la lebantó" (83).

### *Surgimiento de la conciencia nacional.*

Tales son las notas principales que se desprenden de esta *Descripción*, no maliciosa ni dura en realidad, sino regañona y enfadada, de Lima. Pero de entre toda esa fronda de asperezas, que J. A. O. nos cuenta con un ceño fruncido, hay una doble nota luminosa: la gracia de la ciudad y la afirmación esencial de lo criollo. J. A. O. lo observa, lo anota, lo reprocha; pero en el fondo, al trazar sus perfiles, lo comprende.

"A todos los Españoles Europeos, que ellos llaman Chapetones —afirma— nos tienen un odio mortal" (68); y sin embargo —aclara con intencionada ironía— se precian de sus abuelos españoles, no siempre fáciles de identificar. El "alto concepto que tienen formado de la hermosura de su Patria —agrega en otra parte— los tiene infatuados de tal modo que no son capaces de asentir que hai otras, no digo que la abentagen con exceso, pero ni aun que la igualen" (68). J. A. O. comprueba el hecho; pero en el juego de orgullos contrapuestos, su vanidad de español europeo juzga que la vanidad de los criollos sólo puede ser "fruto de la ignorancia" de una parte porque no viajan y comparan (69), y de otra porque muchos de los que llegan de Europa son de poco talento, vienen de poca edad o sólo proceden de una "infeliz aldea" (70), y no alcanzan por tanto a impresionar a los limeños.

Y así, entre datos y reproches, entre apuntes sagaces y críticas dolidas, J. A. O., sin proponérselo, nos ha dejado en su *Descripción de Lima* no sólo un retrato vivaz de la ciudad sino un testimonio aún más valioso: la constancia de una voluntad general de afirmación, la confianza criolla en una personalidad de matices distintos y, en suma, el definitivo surgimiento de la conciencia nacional del Perú.